

por la vanagloria, para reparar el deseo concebido por Eva de hacerse semejante á Dios, y, por último, por la idolatría y la avaricia, para remediar estos dos grandes males que habían corrompido el universo entero. Añaden que las palabras de que se sirvió Jesucristo para resistir al demonio, son armas poderosísimas para vencer toda tentación. Estas palabras demuéstrannos claramente cuán eficaz es una voluntad firme y decidida para destruir las asechanzas de un enemigo que sólo puede vencernos cuando de nuestra voluntad logra apoderarse. Así emplea él tantos artificios para ganarla. Empieza por pedir que se le escuche; luego nos seduce con los pensamientos que nos sugiere, y nos hace saborear de antemano el placer que nos proporcionará si somos dóciles á la sugestión. Llegados á este punto, es mucho más difícil resistir á la tentación. Las fuerzas del alma se debilitan poco á poco; la vista y el respeto que debemos á Dios, siempre presente, desaparecen; la voluntad consiente al fin por completo, y el demonio no nos abandona ya hasta que el pecado queda consumado. La experiencia, el gusto del primer pecado, nos hace desear otros con mayor ardor; los actos reiterados de pecar forman el hábito, el hábito constituye esa cadena tan difícil de romper, de la cual se sirve el demonio para arrastrarnos al infierno. Pero cuando encuentra una voluntad decidida á combatirle, sorda á sus primeras sugestiónes, que desde un principio le rechaza con valor, este artero enemigo cede el campo y no triunfa jamás.

Aprended, pues, hermanos míos, del ejemplo de Jesucristo, que la tentación no puede hacer sucumbir más que á aquel que no tiene la firme resolución de no abandonar á Dios. Que este Ser, infinitamente justo y fiel á sus promesas, no permite jamás que seamos tentados más allá de lo que nuestras fuerzas pueden resistir; que El sostiene siempre con su gracia á quien se la pide con humildad; que son inexcusables los que se dejan vencer por un enemigo desarmado; los que le facilitan contra sí mismos las armas que Jesucristo les había dado para vencerle; los que, con su caída, proporcionan el triunfo á Satanás; los que abandonan, en fin, los bienes eternos que Jesucristo les ha conquistado á costa de todas sus humillaciones y de toda su sangre, por nosotros derramada. Dios os preserve, por su gracia, hermanos míos, de semejante desdicha. Así sea.

## LA TENTACIÓN EN EL DESIERTO

*Tunc Jesus ductus est in desertum á spiritu, ut tentaretur á diabolo.*  
Entonces fue Jesús conducido por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo.

(MATH. 4, 1.)

Fuése el demonio al desierto á tentar á nuestro Señor, atacándole por la gula, la vanagloria y la ambición, escollos, todos tres, harto temibles, aun para los solitarios que viven apartados del mundo. Pero Jesucristo, triunfador del demonio en estos tres combates, les da la fuerza necesaria para resistir con su ejemplo, y la seguridad de vencer con el auxilio de su gracia. Si imitamos la virtud de Jesucristo, no debe espantarnos este enemigo, porque sólo tiene fuerzas contra los que son débiles y flojos en el cumplimiento de los mandamientos divinos. La resolución de un solitario generoso desconcierta al enemigo, su resistencia le pone en fuga, sus supercherías y artificios no producen efecto alguno contra el alma que se abroquele con el escudo de la fe, se revista de la coraza de la justicia y esgrima la espada de la palabra divina, según expresión del Apóstol. Tomemos sus armas, sigamos á nuestro jefe á quien el Espíritu Santo conduce á la liza, *Ductus a Spiritu*. Los ángeles vienen á coronarle, *Angeli acciserunt*. Aprendamos de él la táctica de combatir á nuestro enemigo, para vencerle con él. Rechaza los tres ataques del espíritu infernal con las tres respuestas diferentes que vamos á desarrollar para nuestra instrucción. *Ave Maria*.

El demonio lleva siempre consigo tres desdichadas sugestiónes, de las cuales se sirve para devorar la mayor parte de los hombres. Son aquellas las tres raíces de todos los pecados, de las cuales habla San Juan en su epístola: la concupiscencia de la carne, que es la voluptuosidad; la concupiscencia de la vista, que es la avaricia; la so-

berbia de la vida, que es la ambición. Por medio de estos tres artificios seduce el demonio á los hombres y los separa de Dios.

No imputemos, sin embargo, todos los males del alma al espíritu maligno, dice San Gregorio Nazianceno; no acusemos solamente á su malicia, para dar rienda suelta á nuestras costumbres. *¿Quid adversarium accusamus et moribus damus licentiam?* Si algo puede el demonio, puédelo porque nosotros queremos, y su victoria, dice San Juan Crisóstomo, no es debida tanto á su fortaleza cuanto á nuestra cobardía y flojedad. Cuando nos tienta, cumple con lo que le inspira su malicia, y si á nuestra vez cumpliéramos nosotros nuestro deber con el mismo empeño que él pone en atacarnos, la corona del triunfo sería para nosotros, la vergüenza de la huida para él. Resistid al diablo y huirá de vosotros, dice Santiago. Pero él es más fogoso en atacarnos, que diligentes nosotros en defendernos; él vigila para perdernos, nosotros no velamos para precavernos de él. Sus ojos están incesantemente abiertos para estudiar dónde y cómo podrá sorprendernos; nosotros no los abrimos siquiera para ver dónde nos tiende sus redes. Él imita la astucia del cazador; nosotros sobrepujamos, por decirlo así, la estupidez de los animales. Mas en vano se echa la red ante los ojos de los que tienen alas, dice el Espíritu Santo, y si estuviéramos un poco atentos, podríamos distinguir las emboscadas que nos tiende y las ocasiones que arteramente hace nacer; pero con frecuencia nosotros nos precipitamos espontáneamente en sus redes: conocemos sus lazos, y nos metemos imprudentes en ellos. Lejos de resistir sus ataques, le damos la mano, le ayudamos á perdernos.

En nuestras soledades estamos aún más expuestos á las embestidas de nuestro enemigo; y he aquí por qué examinamos el combate y la victoria de Jesucristo, verdadero modelo de los solitarios; en ese combate veremos que el enemigo, aunque temible, será siempre el más débil, si así lo queremos. Hemos seguido á nuestro Jefe al desierto; hallámosle ya en la pelea á que el Espíritu Santo le conduce; oigamos su voz que nos predica la confianza, y armémonos del valor que nos inspira: *Confidite, ego vici mundum*. Confiad en mi fortaleza, nos dice, y desconfiad siempre de vuestra debilidad. Yo voy á vencer vuestras tentaciones dándoos el ejemplo adecuado para que triunféis de vuestro enemigo; aprended en mi desierto cómo es preciso que le resistáis en el vuestro. Sea mi combate vuestra instrucción, mi victoria vuestro consuelo y vuestra confianza. Confiad, yo he vencido al mundo.

Veo ya al enemigo que se prepara al combate. Como león ru-

giente y hambriento, busca por todas partes la presa que le conviene. No siempre se contenta con la primera que se le presenta, y que podría encontrar con suma facilidad en el mundo; algunas veces la elige; va á buscarla al mismo desierto donde no hay abundancia de ellas. Su avidez insaciable no le hace olvidar la elección. Ha penetrado ya en el desierto para atacar al santo de los santos. ¡Oh! ¿Cómo podremos en lo sucesivo prometernos un abrigo en nuestras soledades contra su persecución y asechanzas, cuando el mismo Hijo de Dios no ha querido eximirse de ellas? Observemos sus arterias, sus estratagemas, la forma que toma, el tiempo que elige, la manera como procede.

La forma que toma es visible. El Hijo de Dios, dicen los teólogos, no ha podido recibir tentaciones interiores en el apetito, en la imaginación, en la parte inferior, como el común de los hombres, en quienes la carne es rebelde al espíritu, y constituye las más de las veces el más rudo combate con que el demonio nos aborda. El demonio no ha tenido jamás licencia ni poder para hacer impresión alguna sobre los sentidos de Jesús, tentación con la cual más rudamente ataca de ordinario á los que vivimos en el mundo, porque el Verbo divino, que regia inmediatamente su humanidad, no permitía á sus sentidos el más leve movimiento contrario á la razón. Este artero enemigo, convencido de que no podía tentar á Jesucristo interiormente por medio de malas y torpes sugestiones, apréstase á darle exteriormente el asalto, y toma una forma corpórea, como ya lo hiciera otra vez, cuando tentó al primer hombre.

Que aprendan aquí los más austeros y justos á estar siempre prevenidos contra las asechanzas diabólicas. Si el demonio no encuentra fácil acceso á sus corazones, ocupados en las cosas celestiales, procurará vencerles en un combate exterior, por medio de objetos peligrosos, en ataques desgraciados. La misma confianza é inadvertencia de los asediados, le facilitará la ocasión de sorprenderles. Así atacó al primer hombre sirviéndose de las palabras insidiosas de su esposa, no pudiendo, como no podía, atacarle en su espíritu, saturado como estaba de los conocimientos más sublimes. Así rindió á David y Salomón por la vista, no pudiendo embestirles directamente en sus corazones, dotados de sabiduría y de virtud. ¡Ah, cuántos solitarios no ha sorprendido y perdido por este medio! Del mismo modo, en las guerras que sostienen los hombres, se hace dueño el enemigo de las ciudades, penetrando por aquellos puntos exteriores en que los soldados no despliegan una exacta vigilancia, cuando no se las puede tomar por el interior á causa de la buena inteli-

gencia y firme actitud en que permanecen los defensores. Y ¿qué le importa al demonio el punto por donde haya de penetrar en nuestra alma, siempre que logre inferir á ésta una herida mortal? Una plaza, por bien provista que se la suponga, no estará segura mientras sus puertas se hallen mal guardadas; y el arsenal mejor proveicionado no basta á defender una plaza cuyas murallas estén abiertas.

Aquella primera estratagema de Satanás con Jesucristo fué seguida inmediatamente de otra; eligió la ocasión que le pareció más propicia. Dejó transcurrir los cuarenta días completos de ayuno. No ignoraba el demonio que Jesucristo no tenía hambre; y no porque conociese la virtud divina que retenía y suspendía en él la acción del calor natural, sino porque, ignorando la causa, veía el efecto. Entre este conocimiento y esta ignorancia, de la cual nacía una duda, la de si Jesucristo era ó no Dios, estaba el demonio vacilante, fluctuaba entre la admiración y el temor, y no osaba atacarle. El Señor empezó á experimentar las impresiones del hambre por la permisón que otorgó al calor natural de ejercer sus funciones. *Postea esuriit*. El demonio aprovechó aquella ocasión para tentarle. Fundó en la debilidad producida por el hambre la esperanza de una victoria, de la cual el milagro de ayuno tan prolongado le había quitado hasta entonces la preleñsón.

Observemos también en esto, hermanos míos, una nueva arteria del espíritu de las tinieblas. Nos ataca, no sólo por el punto más flaco, cuando descuidamos nuestras reglas y precauciones, sino que elige además la ocasión y el tiempo que mejor pueda favorecer sus designios. Espera el momento del jubilo ó de la tribulación, del fervor ó del relajamiento, de nuestra falta de vigilancia ó del exceso de confianza en nosotros mismos, para ejecutar el proyecto que tal vez habrá estado madurando largo tiempo. Así, por ejemplo, ¿quiere hacer culpables las hijas de Loth? espera á que se encuentren solas con su padre. ¿Quiere precipitar en el adulterio á Susana? espía el instante en que ésta se halla sola. ¿Quiere hundir á David en el abismo de los mayores crímenes? elige la hora del paseo. Con frecuencia deja pasar la juventud de muchas personas sin atacarlas seriamente, inspirándoles así una confianza que les resulta funesta: están menos precavidos, se descuidan. Tal fué la causa de la desgracia de Salomón y de tantos grandes hombres que nos han dejado en la incertidumbre acerca de su salvación eterna.

La manera como el demonio atacó á Jesús, es una estratagema no menos notable que las dos primeras. Abordó al Hijo de Dios citándole las palabras de la Escritura. Así suele engañarnos con razo-

nes aparentes que nos hacen tomar el mal por el bien, el vicio por la virtud. Ha seducido á los herejes valiéndose de la Escritura, y á muchos fieles bajo pretexto de cualquier virtud moral. ¿Cuántos sabios no ha perdido haciéndoles encontrar en su doctrina pretextos para vivir tranquilos en las injusticias que cometen y disculparlas, para cohonestar la ambición que les ciega, la avaricia que les atormenta, los placeres á que están entregados, la negligencia y abandono en el desempeño de los cargos que ejercen!

Hemos visto los aprestos, los ardidés, las añagazas del demonio; veamos ahora sus ataques: la tentación de voluptuosidad es el primero. Empieza por representar al Hijo de Dios la necesidad de comer después de un ayuno tan prolongado, la carencia de viveres en que se encuentra en aquel desierto que no produce más que piedras y espinas, la necesidad abrumadora é imperiosa que le obliga á recurrir al milagro, ya que la naturaleza le niega en su necesidad todo medio de subsistencia. *Si Filius Dei es, dic ut lapides isti panes fiant*. Si eres el Hijo de Dios, le dice, como parece indicarlo el prodigio de una tan larga y absoluta abstinencia, haz que estas piedras se conviertan en pan. Palabras que demuestran, según hacen notar los santos Padres, que el objeto de Satanás era descubrir si Jesús era el verdadero Hijo de Dios, el Mesías prometido y anunciado por los Profetas. Como sólo Dios es capaz de obrar, por su propio poder, verdaderos milagros, en el caso en que hubiera querido efectuar el que el demonio le proponía, tendría éste una prueba ciertísima de la divinidad de Jesucristo.

*Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei*. Escrito está, respondió Jesucristo, no de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios. Estando la humanidad de Jesucristo personalmente unida al Verbo divino que procede de la boca del Padre, pudo sostenerse durante aquellos cuarenta días sin necesidad de alimento corporal alguno. Nosotros vivimos y subsistimos en ese mismo Verbo y por ese mismo Verbo por el cual el Padre Eterno lo ha creado todo, y por el cual lo sostiene y conserva todo; y aunque el pan es el alimento necesario para sostener nuestro cuerpo, subsistimos, no obstante, más por el Verbo divino que nos sostiene, que por el pan que nos alimenta. *In ipso vivimus, movemur et sumus*.

Quando os sintáis tentados á romper el ayuno que se os haya impuesto, á cometer cualquier exceso, ó á entregaros á las sollicitaciones de la carne, penetrad en vuestro interior y meditad si por contentar vuestro cuerpo debéis ofender á Dios. Sin él, vuestro cuerpo

carecería de vigor y de fuerza; y contra la ley, contra la voluntad de Dios que sostiene vuestra existencia, os entregáis á los deseos de la concupiscencia y le deshonráis en ese mismo cuerpo que él sostiene y anima. Oh almas justas, que vivís apartadas del mundo, glorificad á Dios, y llevad siempre en todo vuestro cuerpo la marca de la adorable alianza que con él habéis contraído por el bautismo y por las reglas de perfección, que regulan vuestra vida.

Profundicemos más aún el sentido de aquellas palabras: *Vixit homo*. Ellas nos enseñan que el alma, que es la parte principal del hombre, vive espiritualmente, se nutre del Verbo divino, como que vive de la gracia, del espíritu, de la palabra, de los sacramentos, del ejemplo que el Verbo encarnado ha dado á los hombres. El alma pierde esta vida espiritual, este comercio y comunicación con Dios, cuando sigue los movimientos de la vil pasión. ¡Qué ceguada privarla del principio de su vida, por procurar al cuerpo un breve placer, cuya fugaz duración ha de pagarse con una eternidad de penas!

El demonio, que no ha triunfado de Jesucristo en su primera tentación, emprende la segunda. Transporta al Hijo de Dios á la ciudad santa de Jerusalén, y le coloca sobre la cúpula del templo. El Señor le permite esto para su mayor gloria y para confusión de su enemigo. Le traslada del desierto á la ciudad, que es el teatro de la ambición; le coloca sobre un lugar elevado, para significar las grandezas y dignidades á que la ambición aspira. Dícete que se precipite desde la cima de aquella altura, y le promete que los ángeles le sostendrán en sus manos, para que sirva de admiración á los que lo presencien y se conquiste un nombre glorioso, que es el deseo de todos los ambiciosos. Los desiertos y el retiro no son lugares á propósito para la ambición: ésta busca las ciudades, los palacios, los negocios, los empleos que á los palacios conducen, y la ocasión de exhibirse para llegar á sus pretensiones. ¡Cuán grande no es el número de ambiciosos que desde su obscuridad pasan á los cargos públicos, sin experiencia, sin capacidad, por el solo deseo de exhibirse y de abrirse paso á los más grandes honores, sin vocación, sin inteligencia, sin interés por los bienes de la sociedad, sin otro afán que el de ser útiles á sí mismos? Pero, ¿á cuántos vientos no están expuestos en su elevación los ambiciosos? Abrumados por la multitud de los negocios, perseguidos por las inquietudes, agitados por la envidia, sacudidos por la inconstancia, los peligros rodean por do quiera y á cada instante á los que han subido á la cumbre de los honores; cuanto más elevados están, más amenazados se hallan de una profunda y estrepitosa caída. La vanidad les empuja á desear sin regla, sin me-

dida, sin mérito, sin atender á su poco talento y sin considerar los peligros á que se exponen. Suben hasta los cielos, pero bajan hasta los abismos. Y de aquí, hermanos míos, ¡qué de desórdenes! la mala administración de sus cargos, el ejemplo pernicioso, la ruina de la caridad; mil iniquidades, mil abusos, y para colmo de males, un juicio riguroso y terrible que les espera.

¡Ah! ¿y por qué medios llegan los ambiciosos al colmo de sus deseos? El mundo, el demonio, la carne elevan á la mayor parte. Dios llama á Aarón al servicio de los altares; él eleva á Henoc; un carro de fuego arrebató á Elias; un ángel transporta á Habacuc. ¿Qué hacen los ambiciosos? Como Dios no les presta su apoyo para elevarse, emplean prácticas secretas, inteligencias indignas, la adulación, la lisonja, las tortuosidades de la política. ¡Ah, y que no vean el abismo que á sí mismos se abren con su elevación! El demonio, que había elevado en el aire á Simón Mago, le dejó caer y estrellarse contra el suelo. El que había tenido alas para volar, dice San Máximo, no tuvo pies para caminar sobre la tierra. Así, la ambición no eleva más que para precipitar. Semejantes al humo, á medida que ascienden, se desvanecen.

El antídoto á esta ambición es considerar las palabras con que Jesucristo respondió al demonio: «No tentarás al Señor tu Dios.» ¿Qué preguntará quizás alguno, es tentar á Dios el aspirar á un cargo? Tentar á Dios es pretender que realice algo extraordinario, fuera ó sobre el orden que él ha establecido. La creación de los cargos, la autoridad á ellos inherente, emanan de Dios y según la orden de su Providencia están establecidas. No es, pues, tentar á Dios, antes bien es acomodarse al orden que él instituyó, aspirar al poder por Dios establecido. He aquí, solitarios, y almas que estáis dedicadas á la soledad y perfección, el sofisma por el cual la ambición puede presentarseos apoyada. Del mismo modo hemos visto al demonio apoyarse en la Escritura. Aunque Dios sea el autor de todo poder, de toda autoridad, no lo es de la vanidad humana que ambiciona el poder, ni de la temeridad que lo ocupa sin mérito, ni de la iniquidad que lo usurpa por medios ilegítimos. Dios no aprueba, ni que los incapaces pretendan el poder, ni que, para conseguirlo, se marche por caminos torcidos y prohibidos. El objeto que se pretende es bueno, pero no siempre es pretendido ni buscado con justicia. La edad, la ciencia, la firmeza, la prudencia, la experiencia, los talentos propios para cada cargo ¿no son las cualidades que se requieren en los diferentes empleos y cargos? Y el que no las posee, el que carece de las principales, ó tiene algún defecto considerable que le

aleja del cargo á que aspira, ese, decia, que lo pretende y acepta conociendo ó debiendo conocer los propios defectos contrarios á aquel cargo, ó las cualidades necesarias para ejercerlo y que él no reúne, ese tal ¿no tienta á Dios? ¿No va contra las órdenes del Señor, que quiere que los prudentes gobiernen, que los hombres firmes é instruidos guíen el timón, y que no pretende confiarlo á los ignorantes, á los débiles, á los laxos y á corazones que no son virtuosos? ¿Se pretende que Dios haga un milagro supliendo en un instante nuestros defectos, nuestra insuficiencia, nuestra debilidad? ¿No equivale esto á precipitarse desde una altura, en la confianza de que Dios enviará sus ángeles para sostenernos? Es, pues, una temeridad muy grave pretender ó aceptar un cargo para cuyo desempeño se sienta uno incapaz. ¿No es esto hacerse doblemente culpable, no sólo contra la justicia, tratando de obtener lo que no se merece, si que también contra la caridad debida al prójimo, al cual nuestra incapacidad no puede menos de ser perjudicial? Esto ya no es sólo tentar á Dios: es también exponerse á una condenación cierta y segura. *Non tentabis Dominum Deum tuum.*

Pasemos á la tercera tentación. El demonio transporta á Jesús desde la cúpula del templo á la cima de una elevada montaña; enséñale desde allí todos los reinos del mundo y promete dárselos si quiere prosternarse ante él y adorarle. *Retrate*, le responde el Señor indignado, *retrate; escrito está, adorarás á tu Dios, y á él solo servirás.* Aquí vemos el objeto de la tentación: la iniquidad, y el remedio contra la avaricia. Los bienes terrestres son el objeto del apetito desordenado de adquirirlos; la idolatría en que incurre el avaro abandonando á su Creador para prostituirse al amor desordenado de las criaturas, constituye la iniquidad; y la consideración profunda de lo que debemos á Dios es el remedio contra este pecado. ¿Cómo pueden los bienes terrenales ejercer influjo tan grande, imperio tan avasallador sobre nuestras almas? ¿Cómo podemos perseguir con tanto ardor la posesión de lo que por tan poco tiempo se deja poseer? A Jesucristo le muestra el demonio desde lo alto de la montaña todos los reinos del mundo; pero para seducirnos á nosotros le basta una cosa de importancia mucho menor. Al rey Achab no le ofrece más que la viña de Naboth, dice el Sabio. Dios hizo la tierra y todos los bienes en ella contenidos para servicio del hombre; los avaros hacen de estos bienes otras tantas redes en que á sí mismos se aprisionan; encuentran su pérdida en los beneficios y en la liberalidad del Creador. Usura, fraude, falso peso, escasa medida, doloso contrato, malversación, concusión, prevaricación, opresión del pueblo, todos

los medios injustos que emplea la avaricia, ¿no son otras tantas funestas invenciones del espíritu de las tinieblas? Dios es el Señor legítimo de la tierra. *Dominus est terra.* El demonio, que promete los bienes terrestres á los avaros, *hæc omnia tibi dabo*, es el usurpador. Recibirlos de éste por medio de la injusticia, y no de manos del verdadero Señor, por una justa adquisición, ¿no es prestarse á las usurpaciones del demonio contra el derecho del legítimo Señor? ¿No equivale esto á contribuir al reinado del enemigo de Dios sobre el dominio de Dios, reconocerle por soberano de este dominio, hacerse cómplice de sus latrocinios, para ser más tarde compañero de su suplicio? Y no sólo se hace el avaro cómplice del demonio, se convierte además en su adorador: *Si cultens adoraveris me.* Adora á Satán, aferrándose á las cosas creadas; deja el bien supremo, para entregarse á los bienes caducos; su tesoro es el único poseedor de su corazón.

Quejose Dios de los israelitas, porque habian fabricado un ídolo con el oro de Egipto que les habia dado; quejase de los avaros, porque de las riquezas que da á los hombres para que las consagren á su gloria, hacen ellos su dios. ¿Hay, pues, nada más detestable que un avaro, ya que por serlo es también idólatra? San Pablo consideraba tan horrendo este vicio, que no quería que los cristianos pronunciaran siquiera el nombre avaricia. Y si el nombre solo es tan odioso, ¿cuál no será el castigo del vicio que con tal nombre se designa? Los avaros, los detentadores, los usurpadores de los bienes ajenos, sea cualquiera el nombre ó el pretexto con que pretendan encubrir su injusticia, no entrarán jamás en el reino celestial, dice el Apóstol. Tal es el desdichado progreso de los avaros: abandonan, por los bienes pasajeros, el bien soberano, y se ven, después de su muerte, para siempre privados del uno y de los otros.

¿Cuál es el remedio más eficaz, preguntaréis, para arrancar de nuestros corazones esta pasión funesta? Meditar la respuesta que Jesucristo dió al demonio: «Adorarás al Señor tu Dios y á él solo adorarás.» ¡Oh, mortales! Dios es el Ser primero, vuestro Creador, vuestro Redentor, vuestro Maestro, vuestro fin. A él debéis el homenaje, la dependencia, el reconocimiento, la obediencia; os debéis, todos enteros, á solo él. No podéis servir á la vez á dos señores: es absolutamente necesario que vuestro afecto prefiera el uno al otro; esto es, ó bien Dios á las riquezas, no amando éstas sino en tanto que él lo permite, ó las riquezas á Dios, amando éstas más de lo que él quiere, y despreciando por ellas su ley, su gracia, su reino. Pesad en la balanza de la razón á cuál de los dos debéis elegir por dueño. Dios ha colocado todos los bienes terrestres bajo vuestros pies: vosotros en-

tronizaréis esos mismos bienes sobre vuestro corazón, y abusaréis de los dones de Dios contra Dios mismo. *Dominum Deum tuum adorabis.* ¿Estimaréis acaso vuestra alma en menos que el demonio mismo la estima? Por poseerla daría el todo el universo, si en su mano estuviera el darlo: *Hæc omnia tibi dabo.* Aprended, pues, á conocer su valor, ya que no por vuestra razón, por la estimación al menos en que la tiene vuestro propio enemigo. Se la entregáis por la sombra del placer, por un honor pasajero, por el más vil interés; y por obtenerla, él lo daría todo. ¡Qué vergüenza para vosotros, que el demonio haga de vuestra alma más caso del que hacéis vosotros mismos! Aprendamos, hermanos míos, por las tentaciones de nuestro enemigo, la manera cómo podemos vencerle. Nos ofrece lo que el mundo tiene de más seductor, con tal de que caigamos á sus pies: los placeres, los honores, las riquezas; esas son sus ofertas, esos son todos sus bienes y todas sus fuerzas. Por medio de ellas mantiene entre los hombres su imperio y su tiranía. Considerad que el demonio nos instruye con esto el mismo de lo que debemos hacer para vencerle. En efecto; cuando por atraernos á su partido nos ofrece todo lo que el mundo tiene de más grande y de más seductor, podemos reconocer por esta tentación que nuestras almas son más preciosas que todo lo que él nos ofrece. De esta reflexión debemos sacar la resolución constante de jamás entregarnos al demonio por cosas que nos son inferiores, y no olvidar jamás esta sentencia: *Quid prodest homini, si universum mundum lucratur, anime vero suæ detrimentum patitur?* ¿De qué sirve al hombre gozar de todos los placeres, de los honores, de los bienes del mundo, si después del término de esta vida, que desaparece como un relámpago, no encuentra, á cambio de las riquezas de un día, más que una pobreza sin fin? ¿á trueque de honores pasajeros, un oprobio eterno? ¿por los placeres de un momento, una eternidad de penas?

Señor, dadnos, por vuestra gracia, la fortaleza necesaria para vencer las tentaciones del demonio, como nos dáis, con vuestro combate, el ejemplo para resistirle. Vos le habéis aterrado por vuestras propias manos; aterradle también por las nuestras, á fin de que experimente todo el peso de vuestro poder. Armadnos de la templanza contra la tentación de la voluptuosidad; de la humildad, contra los asaltos de la ambición; y del deseo de los bienes celestiales, contra los ataques de la avaricia y de los bienes de la tierra. *Amén.*

## TENTACIÓN EN EL DESIERTO

*Tentatus per omnia, pro similitudine, absque peccato.*

Tentado en todas las cosas á semejanza nuestra, excepto el pecado.

(S. PABLO Á LOS HEBREOS, c. 6, v. 15.)

En estas dos palabras de San Pablo se comprende toda la historia de la vida del Hijo de Dios sobre la tierra; porque esta vida, única, preciosa, inefable y divina, no fué otra cosa que un tejido de todas las tentaciones y de todas las pruebas del hombre, de quien el Verbo divino vestía la naturaleza sin la culpa.

Entre las pruebas á que se ve expuesto el hombre durante su vida mortal, se encuentra la de ser tentado, afligido, oprimido, y, según la expresión del mismo apóstol, abofeteado por el ángel apóstata, Satanás. Y supuesto que el Hijo de Dios se había obligado por su amor, como ya hemos visto, á pasar por todos los estados y á experimentar todas las miserias y todas las pruebas del hombre, debía ser también, y fué en efecto, el blanco de la tentación del demonio, como nos lo hace ver el Evangelio de hoy, con el fin, dice un intérprete, de mostrarse á nosotros, que somos tentados con tanta frecuencia por el demonio, no sólo como hombre de nuestra misma naturaleza, sino como nuestro hermano.

Pero ¿cómo pudo consentir el Hijo de Dios en ser tentado por Satanás? ¿Hay, por ventura, una cosa más indigna de la santidad y de la grandeza infinita que ésta? El ser tentado, dice San Gregorio, no era indigno de un Dios redentor, que había venido para ser crucificado. Nada era más justo que el que venciese nuestras tentaciones con las suyas, supuesto que había venido á vencer nuestra muerte con su muerte.

Así pues, la tentación de hoy, dice San Máximo, no fué sufrida por Jesucristo sin un grande é importante misterio. En todo lo que sucede hoy en el desierto, ha tenido presente la sabiduría y la bondad de Dios, nuestra salvación. Por nosotros sufre hoy el Señor el

hambre y sostiene la tentación; por consiguiente, nosotros somos los que vencemos en él, supuesto que pelea por nosotros.

Meditémoslo, hermanos míos, con un entendimiento humilde y un corazón devoto, y así descubriremos grandes arcanos, sublimes instrucciones y grandes auxilios, con los que, saliendo victoriosos de nuestras tentaciones y de nuestras pruebas, podremos decir de ellas, que han sido ordenadas, no al pecado, sino á la gracia, no á la ignominia, sino á la gloria. *Ave María.*

Notad, en primer lugar, hermanos míos, el tiempo en que sucedió un acontecimiento tan extraordinario, y que, según el evangelista San Lucas, tuvo lugar inmediatamente después que el Señor volvió del Jordán, ó sea inmediatamente después de haber recibido el bautismo. ¡Oh cuán misteriosa y cuán importante es esta circunstancia! Aun cuando el Señor se colocó en nuestro lugar desde el instante de su encarnación, cuando tomó nuestra naturaleza, esto lo hizo entonces de una manera oscura y oculta; sólo en el momento del bautismo fué cuando principió de una manera pública y solemne á tomar la representación y el lugar de todos los hombres pecadores, y contrajo ante el cielo y la tierra el empeño de redimirlos de sus pecados. Por consiguiente, Jesucristo, que apenas recibido el bautismo, va á sufrir la tentación, es Jesucristo que, después de haber recibido la investidura solemne de redentor del mundo, se prepara á cumplir su ministerio. Y como de la seducción del demonio comenzó nuestra ruina, por esta razón el Redentor procura ante todo abatir la fuerza del demonio y debilitar su imperio.

¡Oh bello designio de nuestro Salvador! Antes de combatir con la predicación de su celestial doctrina las pasiones de los hombres, procura debilitar con su virtud divina el poder del demonio, que las excita y las sostiene; y antes de darse á conocer á la tierra con sus milagros, obra, dice San Cipriano, el grande milagro de humillar al demonio y hacerse temer del infierno.

Por esta razón, dice San Mateo que el Señor fué conducido por el espíritu á esta tentación; es decir, como expresa claramente San Lucas, por el Espíritu Santo, que en forma de paloma había descendido visiblemente sobre él y del que había vuelto lleno desde las márgenes del Jordán; y esto, como advierte muy bien San Pedro Crisólogo, para que ninguno crea que esta tentación fué un encuentro casual, al que están expuestos generalmente los hombres, cuando, por el contrario, fué un designio profundo de Dios; y como el Espíritu Santo es el amor divino, es la caridad infinita, esta palabra fué con-

*ducido, Ductus est*, no quiere decir, como observa San Jerónimo, que el Señor fué llevado contra su voluntad ó por fuerza, sino que fué arrastrado por su amor á nosotros, por el deseo de pelear por nosotros y de vencer por nosotros.

Después de haber indicado el tiempo, nota también el Evangelista el lugar donde sucedió esta misteriosa lucha, diciendo que el Señor fué conducido al desierto. Esta circunstancia, dice San Juan Crisóstomo, nos descubre claramente el motivo por qué fué allí, es decir, para despojar al demonio en aquella soledad del funesto triunfo que había conseguido sobre Adán en el paraíso; y el Fuldense añade: Se necesitaba un lugar solitario y triste para hacer triunfar á Adán, que había sido vencido en un lugar de placer y de delicias.

Á las circunstancias del tiempo y del lugar añade el Evangelista la de las disposiciones y las armas con que se peleó en esta batalla, diciendo que fué después del rigoroso ayuno de cuarenta días que observó Jesucristo y del hambre que sintió.

Por sola esta circunstancia de un ayuno de cuarenta días, parece que hoy se trata de una nueva era del mundo. En efecto, así como con el ayuno de cuarenta días de Noé en el arca comenzó la era de la tradición, con el ayuno de cuarenta días de Moisés en el Sinai comenzó la era de la ley, y con el ayuno de cuarenta días de Elias en una cueva comenzó la era de los profetas, de la misma manera con el ayuno de cuarenta días de Jesucristo en el desierto comienza hoy la era del Evangelio; y notad que Jesucristo ayuna precisamente cuarenta días antes de comenzar la predicación de la ley del amor, así como Moisés ayunó cuarenta días antes de anunciar al pueblo la ley del temor. Para que se vea claramente, dice Aimón, que la era del Evangelio no contradice la era legal ni la era profética que le precedieron; sino que las contiene, las perfecciona y las cumple.

No es menos misteriosa el hambre que después de su ayuno experimentó el Salvador. Esta hambre, dice San Hilario, no es la necesidad de un alimento humano, sino el deseo vehemente de la salvación de los hombres; es aquella hambre de la que más tarde dijo á los apóstoles que no se aplaca ni se satisface con otro alimento que con el cumplimiento de la voluntad del Padre, es decir, la gran obra de la redención de los hombres; y como el principio de la salvación humana era la fe en el misterio de la Encarnación, quiso el Señor experimentar realmente esta hambre aun en su cuerpo para manifestarnos la verdad y darnos la prueba de este misterio. Así pues, prosigue Aimón, de la misma manera que por haber vivido cuarenta días sin tomar alimento alguno se manifestó verdadero Dios, así también, con

haber experimentado el hambre después de este ayuno, se anunció como verdadero hombre. Y San Máximo dice igualmente: «Ved aquí el misterio que se dignó el Señor cumplir en nuestra carne mortal, á saber, que mientras se manifestaba verdadero Dios al obrar tantos prodigios, se manifestaba verdadero hombre al sufrir las enfermedades humanas.

Pero además de estas razones tan verdaderas y tan importantes, ayunó también el Señor, y tuvo hambre, en orden al misterio de la destrucción del demonio, que venia á cumplir. Por una parte, dice el intérprete, quiso el Señor con esta hambre que experimentó después de un ayuno tan largo y tan riguroso, satisfacer por el pecado de gula de Adán y por todos los pecados de sensualidad del mismo Adán y de todos sus descendientes; y por otra parte quiso Jesucristo, dice San Juan Crisóstomo, vencer, hambriento, al demonio, que habia vencido á Adán después de harto; porque el segundo Adán se complació en triunfar por el mismo camino por donde habia sido vencido el primer Adán.

Se trataba, dice San Hilario, de hacer que el demonio fuese vencido, no por el poder de Dios, sino en la carne del hombre, de quien habia salido vencedor. Y ¿qué hace para esto el Señor? pregunta Teofilacto. Hace conocer con señales exteriores que tiene hambre, y presenta de este modo al demonio la ocasión de acercarse y de tentarle, á fin de poderlo confundir y de comunicarnos á nosotros la gloria y el mérito de su triunfo. Ved aquí, pues, á la presencia del verdadero Israel, de la humanidad asustada (porque del éxito de esta lucha dependia su eterna libertad ó su esclavitud eterna); ved aquí al verdadero David descender á la arena para combatir el orgullo del verdadero Goliath, sin empuñar otras armas que una piedra, aquella piedra misteriosa que, desprendiéndose sin concurso humano de la alta montaña, vino en figura á destruir la estatua del soberbio Nabucodonosor, ocultando su majestad como dice San León, y no oponiendo á la insolente altanería del demonio otra cosa más que la debilidad de nuestra humanidad, que tomó de Maria sin concurso humano.

El tentador principia su lucha con el segundo Adán por la gula; porque, como observa San Ambrosio, por la gula habia triunfado del primero. Después, vuelve á tentar al Señor por la avaricia, y últimamente por la vanagloria. De estas tres maneras, dice San Gregorio, fué tentado por el demonio el primer hombre: fué tentado por la sensualidad cuando se le persuadió á que comiese del fruto prohibido; por la soberbia cuando se le hizo creerse inmortal é independiente de Dios, y por la avaricia cuando se le prometió que seria, como el mismo

Dios, señor de la ciencia y del secreto de Dios para poder saberlo todo; porque, como dice el mismo padre, la avaricia es el amor desordenado, no sólo del oro, sino de toda distinción y de toda grandeza. Pero ¡cuán diverso fué el éxito de estas dos luchas! prosigue diciendo San Gregorio. Las mismas armas que proporcionaron al demonio la victoria sobre el primer Adán, esgrimidas por el contra el segundo, no le proporcionaron otra cosa que confusión y derrota.

En segundo lugar, el evangelista San Juan ha dicho: «Las tres especies de concupiscencia por que el hombre peca son: el amor de la carne, el amor del lujo y el amor de la gloria.» Por esta razón habiendo permitido el Señor, dice San Juan Crisóstomo, ser tentado sobre estas tres especies de concupiscencia, que encierran en si todas las demás y son la semilla de todos los pecados, es claro que sufrió todas las especies de tentaciones. San Lucas dice que en estas tres tentaciones sufrió el Señor todas las tentaciones; y San Pablo añade que Jesucristo pasó por todas las tentaciones por que pasan todos los hombres. Pero el Señor rechazó estas tres tentaciones de una manera tan magnífica, tan sublime y tan perfecta, que el demonio, burlado, humillado y derrotado, huyó al momento de su presencia. ¡Oh victoria sorprendente y gloriosa! dice San Juan Crisóstomo, porque el Hijo de Dios no venció en ella al demonio como Dios, lo que nada hubiera tenido de extraordinario, sino que lo venció como hombre, lo venció en el hombre y por el hombre.

No sólo fué el hombre quien venció al diablo en esta lucha, sino que lo venció, dice San León, con un admirable derecho de justicia; porque, aunque Jesucristo era Señor omnipotente, porque era Hijo de Dios, no opuso, sin embargo, al furor del enemigo el esplendor de su majestad, sino la humildad de nuestra naturaleza. Peleó con él, y lo venció, prosigue San León, con armas iguales, con el testimonio de la ley, y no con la fuerza de su virtud divina; oponiendo á la seducción, al engaño y á la mentira, que el demonio habia empleado con el primer hombre, la prudencia, la sabiduría, la verdad, el respeto humilde y la obediencia religiosa á Dios, como si no hubiera sido más que puro hombre. De este modo honró más al hombre, y confundió y castigó á su orgulloso adversario, habiendo hecho que todos viesan al enemigo del género humano vencido en esta lucha misteriosa, no por Dios, sino por el hombre.

Hoy se cumple pues, dice San Juan Crisóstomo, la magnífica profecía de Jacob, de que el dragón infernal seria burlado y cogido en el anzuelo. Porque, así como el pez, corriendo tras la comida que se le prepara debajo del agua, y no viendo el anzuelo que está oculto

en ella, queda preso en él, de la misma manera el demonio, considerando tan sólo el cuerpo humano en Jesucristo, y no observando la divinidad que se hallaba oculta en él bajo el velo de la humanidad, impenetrable á su infernal orgullo, se arroja á él como á una de sus víctimas ordinarias, como á una de las almas humanas, tan fáciles de ser devoradas por él; pero al tiempo de abrir su boca y quererle clavar sus ávidos dientes, seguro de quedarse con su presa, queda el mismo hecho presa de Jesucristo.

En tercer lugar, el misterio de la misericordia de Dios no podía ser más limitado que el misterio de su justicia. Así como en Adán se incluyeron las voluntades de todos los hombres, con mucha más razón en Jesucristo debieron incluirse las voluntades de todos los cristianos; y así como en Adán todos pecaron, así también todos merecieron en Jesucristo. Por esta razón, de la misma manera que con haber vencido el demonio á Adán adquirió un derecho funesto de señorío sobre toda la estirpe terrena, que procede de la sangre inficionada y de la voluntad del hombre, así también con haber sido vencido por Jesucristo, perdió todo el derecho que tenía para titularizar su celestial descendencia, nacida del espíritu y de la voluntad de Dios. Obcecado el demonio por su mismo orgullo, no vió, dice San León, la santidad infinita de Jesucristo ni la libertad á que tenía derecho por su inocencia. No vió que Jesucristo, á pesar de tener una carne semejante á la de Adán, no tenía las obras semejantes á las de Adán, ni que, á pesar de haber tomado su naturaleza, no había heredado su culpa. Habiendo tenido, pues, la temeridad sacrilega de querer dominar por medio de la tentación la persona del único hijo de Adán en que no podía encontrarse ni aun la sombra del pecado, por este acto de injusticia solemne de haber querido subyugar á aquel que nada le debía, y sobre quien no tenía derecho ni poder alguno, mereció perder los derechos funestos de señorío que tenía sobre toda su descendencia.

Conozcamos, pues, el grande y precioso misterio que el Señor ha obrado hoy en el desierto para nuestro bien. Para nosotros, dice San Máximo, ha vencido al demonio, así como se había dignado sufrir el hambre para nosotros; y ha sostenido la lucha tan humillante de ser tentado por el diablo, como el último de los hombres, para transferirnos todo el mérito y toda la gloria de su triunfo.

Mas, así como al vencer por nosotros la muerte en el Calvario no nos exceptuó de la necesidad de morir, de la misma manera al haber vencido hoy al tentador en el desierto, no nos ha sustraído de la posibilidad de ser tentados, para que nos acordemos siempre del an-

tiguo estado de muerte eterna y de eterna servidumbre á que nos había reducido el pecado. Mas, así como la victoria que ha alcanzado para nosotros sobre la muerte consiste en que podamos triunfar de ella con una resurrección inmortal, después de habernos sometido á su ley, de la misma manera la victoria que ha alcanzado para nosotros sobre el tentador consiste en que podamos triunfar también de él con una fuerza superior, después de haber experimentado sus asaltos. Hoy, pues, de miserables prisioneros que éramos de Lucifer, nos hemos hecho sus poderosos rivales. Ya no tiene él el derecho de tiranizarnos como á sus esclavos; sólo le ha quedado el poder que tenía con el primer hombre inocente, de combatirnos y ponernos asechanzas, como á sus enemigos. Por esta razón, dice San Pablo que en la lucha en que nos encontramos durante esta vida no tenemos que pelear tan sólo con la carne y con la sangre, sino con los principes y con las potestades de las tinieblas. Mas si nos revestimos de la armadura espiritual que nos ha dejado nuestro libertador, si por medio de una fe viva, de una esperanza firme y de una caridad sincera vivimos unidos á él y somos del número de sus hijos, estos grandes enemigos serán impotentes para dañarnos, y mucho menos podrán subyugarnos de nuevo. El dragón infernal tan temible y tan temido por los hombres, no será ya en nuestra presencia, según otra profecía de Jacob, más que una miserable ave, un imbécil pajarillo, á quien los niños provocan impunemente.

A medida que por la victoria de hoy se ha hecho el demonio más débil, nosotros nos hemos hecho más fuertes; porque por el mérito de la humildad con que el segundo Adán ha experimentado hoy todas las tentaciones del primero, no sólo ha borrado su culpa y ha expiado su pena, sino que ha adquirido también, como dice San Pablo, un derecho y un poder especial para socorrernos, para fortificarnos y para sostenernos en nuestras tentaciones y en nuestros peligros. Por consiguiente, hay un lazo y una relación necesaria entre las tentaciones de Jesucristo y la fuerza, que no puede negársenos, para vencer las nuestras. ¡Oh fuerza maravillosa! dice San León, en cuya comparación es muy débil todo cuanto el demonio puede emplear contra nosotros: las bisonjas de la carne, los atractivos de la concupiscencia y los estímulos de la ambición; porque es nada menos que la virtud misma de Jesucristo, que se comunica á nosotros y reside en nosotros por nuestra confianza en él; y de este modo somos fuertes con su misma fortaleza, así como amamos á Dios con su mismo amor. Y San Agustín en un rapto de alegría exclama igualmente: «¡Oh preciosa tentación á que se ha visto hoy expuesto Jesucristo! De

él procede la fuerza suficiente para que no sea vencido ya el cristiano; en la victoria y por la victoria del Redentor triunfa también el redimido. Sea, pues, bendito, alabado y glorificado, nos dice San Pablo, nuestro Dios y Señor, que por medio de Jesucristo nos ha alcanzado hoy una gran victoria. *Amén.*

## LAS BODAS DE CANÁ

*Vocatus est autem et Jesus et discipuli ejus ad nuptias.*  
Y fué también convidado Jesús y sus discípulos á las bodas.

(S. JUAN, c. 2, v. 2.)

Recibido ya el precioso bautismo en el que, hermanos míos, había tomado Jesucristo de una manera pública y solemne la investidura de la redención del mundo; sostenida la tentación, en la que con sabiduría había vencido y desarmado al enemigo común del hombre, el demonio, se prepara para combatir con su predicación los enemigos particulares, los errores del hombre, sus vicios y sus pasiones. Mas porque, aunque podía desempeñar por sí solo este su divino ministerio, quiso asociarse ciertos hombres, para facilitarlos y perpetuarlos entre los hombres, comenzó desde luego á elegir y llamar á los apóstoles. San Andrés le había llevado ya á sus pies á su hermano San Pedro, San Felipe le había presentado á Natanael, y el mismo Pedro había recibido ya el título de Piedra misteriosa. Ya habían pasado tres días desde esta elección y esta vocación, cuando en Caná de Galilea se celebró un festín y un convite de bodas.

El esposo de estas bodas era Simón Cananeo, hijo del hermano de José Alfeo, sobrino de la Santísima Virgen y primo del Salvador. Por esta razón se encontraba allí María, convidada por los esposos como su pariente. Algunos intérpretes creen que, como el novio

era un pariente cercano de María, esta augusta Señora había sido rogada para que se encargase de presidir aquel convite y cuidar de cuanto pudiese necesitarse en él. Y ciertamente este encargo no podía darse á otra persona más digna, más sabia, más cuidadosa ni más amable.

Por consideración á María fué convidado también á aquella boda Jesucristo con los discípulos que le seguían ya. Y como este Hijo de Dios se había dignado tomar la forma de siervo, se dignó, dice San Juan Crisóstomo, asistir á las bodas de los siervos. Y San Agustín añade: «No rehusó el Señor tomar parte en las instituciones corporales y terrenas, porque había descendido del cielo para corregirlas y santificarlas. Por consiguiente, al asistir á las bodas de Caná, quiso consolidar con su presencia las bases de la más importante de las uniones humanas.» Ved aquí, pues, prosigue San Máximo, asistiendo á las bodas de los hombres el Hijo de Dios, que nació hombre, aunque no de las nupcias, como los demás hombres. Vedlo asistir al convite, no para fortalecerse con el vino de los otros, sino para fortalecer á los demás con su vino misterioso. Vedlo asistir á las bodas, no para recrearse en un alegre banquete, sino para darse á conocer por sus prodigios.

Estos y otros misterios descubriremos al fijar nuestra consideración en el primer milagro obrado por Jesucristo en Caná de Galilea. *Ave María.*

Durante el banquete, hermanos míos, que se celebraba en Caná, en ocasión de aquellas bodas á que fué convidado Jesucristo, sucedió que á lo mejor de la comida faltó de pronto el vino, sin haber de dónde proveerse al momento: *Et deficiente vino.* (Joan, 3.) Los de la familia se miran unos á otros, avergonzados y confundidos, y no saben qué hacer. La Santísima Virgen, deseosa de socorrerlos á todos, así como los amaba á todos, fué la primera que advirtió este disgusto, y se aligió, dice San Bernardo, por la humillación que de esto había de originarse á los dueños de la casa; y pareció que sufría en sí misma toda la mortificación que ellos experimentaban, y que participaba de su sonrojo, porque es la madre de la benignidad, de la compasión y de la ternura.

Volviéndose, pues, esta madre amorosa á su divino Hijo, le dice en secreto: «Hijo mío, mira que estos pobres no tienen vino.» Y ¿qué hace Jesús? ¿qué responde Jesús? Manifestando no interesarse en la triste posición de los esposos y de los convidados, le dice: «Mujer, ¿qué importa esto á vos ni á mí? Además, mi hora no ha llegado to-

davia. ¡Oh respuesta! ¡Oh palabra! exclama en este lugar San Agustín. ¿Acaso ha venido el Salvador á estas bodas sólo con el objeto de enseñar á los hijos á no cuidarse de las instancias y deseos de sus madres?

No, dice San Bernardo; así como la propuesta de la Madre no fué una culpa, así tampoco fué una reprensión la respuesta del Hijo. Por el contrario, al mostrarse Maria tan sensible á la mortificación que experimentaban los dueños de la casa por la repentina falta del vino, mostró á Jesús toda la bondad y la ternura de su corazón; y al decir á su Hijo simplemente y sin otra añadidura: *No tienen vino*, dió á conocer que estaba muy cierta de la bondad de su corazón; bondad tan grande, que basta manifestarle la necesidad para obtener el auxilio. Maria, dice San Cirilo, al hablar así, confesó que á Jesucristo todo es posible, y le exhortó á que hiciese uso de su misericordia y de su bondad. Por consiguiente, la manifestación tan espléndida que Maria hizo en esta circunstancia de todo el sentimiento de fe, de piedad y de amor de su bella alma, no pudo dejar de ser muy agradable á su piadoso Hijo.

¿Por qué, pues, el más santo de los hijos da una respuesta tan dura á la más angustiada de todas las madres? Los intérpretes han tratado de explicar el misterio de esta respuesta. La Madre de Dios, dice San Agustín, exigió el milagro no sólo por compasión á los convidados, sino por amor á Jesucristo; y quiso con esta petición inducir al Hijo á acelerar la manifestación de su divinidad. Jesucristo, pues, al decir: *Aún no ha llegado mi hora*, fué lo mismo que decirle: «Es verdad, como hijo del hombre yo os reconozco por mi Madre, á quien debo obediencia y respeto. Yo os complacería al momento, pero lo que me detiene es que aún no ha llegado la hora en que, como vos deseáis, me manifieste al mundo.» ¡Cuán misterioso, cuán profundo y cuán lleno de celestial sabiduría fué este discurso de Jesucristo! prosigue San Agustín. En él ha distinguido su doble filiación y naturaleza: la divina y la humana. Como Dios, no la reconoce por madre; como hombre, se somete á ella como hijo. Como Dios, le habla con imperio; como hombre, la obedece con respeto; y se muestra de este modo verdadero hijo del hombre en el momento mismo en que revela su superioridad, y su independencia como Hijo de Dios.

Lo que no admite duda es, dice Beda, que Jesucristo acompañó su respuesta con tal expresión de misericordia y con tal acento de piedad, que Maria comprendió muy bien que el Señor estaba pronto á obrar el milagro que parecía haber negado de palabra. En efecto, si Maria, observa San Gaudencio, con la luz del Espíritu Santo, de

que permaneció llena después de su divino parto, no hubiese comprendido así la respuesta de su Hijo, no hubiera mandado á los domésticos que esperasen de él el milagro. Maria comprendió perfectamente el orden del futuro misterio, porque ninguna cosa podía permanecer oculta á aquella que era la Madre de la sabiduría y digna de haber recibido en su seno al mismo Dios.

Notad, sin embargo, un bello ejemplo de obediencia y de respeto por parte de Jesucristo. Apenas ordenó Maria á los domésticos que se acercasen á él, el Hijo, á pesar de la declaración contraria que habia hecho, sin hablar una palabra, se apresuró á llenar los deseos de su santísima Madre. Así, pues, la misma repugnancia, dice San Cirilo, que Jesucristo mostró al principio en hacer el milagro, la misma dificultad que puso de no haber llegado aún la hora de sus prodigios, se convirtió en una prueba de la profunda deferencia que este Hijo divino tiene á los deseos de su Madre; porque, en efecto, por consideración á ella y por respeto á ella, aceleró esta hora y obró este prodigio, que al parecer habia pensado diferir.

Este bello testimonio de aprecio, esta bella prueba de amor que dió entonces Jesucristo á su dulcísima Madre, fué un anuncio feliz, una prenda preciosa y un motivo consolador de esperanza para nosotros. Ella nos ha demostrado que nada se niega en el cielo á las súplicas de Maria; que con un simple deseo, con una sola señal, hace anticipar la hora de los prodigios de su divino Hijo en la tierra. Ella nos muestra que todos los milagros de Jesucristo, todas las manifestaciones de su poder, todas las comunicaciones de su gracia en favor de los hombres, pasan y deben pasar, según el célebre dicho de San Bernardo, por las manos purísimas de Maria; porque ella ha franqueado hoy los caminos y abierto las puertas. Por consiguiente, este pasaje del Evangelio, aun cuando fuese solo, bastaría para justificar la devoción de la verdadera Iglesia y de todas las almas verdaderamente cristianas á Maria; la confianza que en ella tienen, la seguridad con que la invocan, el afecto con que la saludan, la ternura con que la aman y el culto con que la honran.

Habiendo escuchado Maria la respuesta de que hemos hablado, y comprendiendo su significación amorosa, dijo á los familiares, señalándoles á su divino Hijo: «Acercaos á él, y haced cuanto os diga». *Dixit Mater ejus ministris: Quodcumque dixerit vobis, facite.* (Joan., 3.)

En la misma estancia del convite habia seis grandes ánforas ó vasijas de piedra para echar el agua que servia para los lavatorios, de que tan frecuente uso hacian los judíos. Cada uno de estos vasos

contenia la cantidad de dos ó tres metros (1). Jesucristo mandó á los criados que las llenasen de agua, lo que ellos hicieron al momento: *Dixit eis Jesus: Implete hydrías aqua; et impleverunt eas usque ad summum. (Joan. 7.)* Y después, sin acercarse á ellas, echando sobre ellas, como es de creer, su bendición omnipotente, como hizo cuando multiplicó los panes, toda aquella cantidad de agua se encontró al momento convertida en un vino muy exquisito; porque todo lo que hizo Jesucristo en su vida por milagro fué, dice San Juan Crisóstomo, mucho más útil, más precioso y más perfecto que lo que se hace ordinariamente por las solas fuerzas de la naturaleza. Entonces prosiguió diciendo el Señor á los siervos: «Ea, pues, sacad de él y llevadlo al *Arquitriclino*, que lo pruebe y lo distribuya en la mesa»; y lo hicieron así: *Et dixit eis Jesus: haurite jam; et ferte Architriclino; et tulerunt. (Joan., 8.)*

Pero ¿cuánta fué la admiración del *Arquitriclino* cuando, acercándose á los labios el vino milagroso, lo encontró de una fragancia y de un gusto el más delicado y exquisito! Yo no sabía, decia entre sí, que hubiese un vino semejante. ¿De dónde y de qué modo han traído de repente un licor tan precioso? Creyó que habia sido una sorpresa que le habia hecho el esposo, y se quejó á él cariñosamente por haber guardado para el fin del convite semejante vino, contra el uso, común entonces, de hacer servir los vinos de inferior calidad al fin de la mesa, cuando los convidados se hallaban ya alegres y satisfechos. El esposo aseguró que nada sabia de aquello. Fueron interrogados los sirvientes, y éstos, que en las ánforas no habian echado más que agua, manifestaron lo ocurrido y publicaron el milagro entre todos los comensales.

Mas no nos maravillemos de este portento, dice San Agustin, supuesto que es Dios quien lo ha obrado. ¿Qué otra cosa es el vino común sino el agua del cielo, cocida en las entrañas de la tierra por los rayos del sol? Qué maravilla es, pues, que el verdadero sol de justicia, Jesucristo, convirtiéndose en vino el agua de aquel convite, é hiciese en aquella afortunada casa el mismo milagro que el eco de su palabra omnipotente hace todos los años en las viñas de todo el mundo? Así, pues, las aguas que los siervos del convite de Caná echaron en las ánforas, fueron convertidas en vino por la operación secreta del mismo Dios, por quien se convierten en vino las aguas que las nubes derraman sobre la tierra. Ved aquí, pues, á Jesucristo, con-

(1) El metro era una medida judaica de 108 libras de 4 12 onzas. Por consiguiente, cada ánfora contenía 324 libras, y entre todas seis, 1,944 libras; es decir, cerca de una bota.

cluye San Pedro Crisólogo, al convertir una criatura en otra, revelarse claramente por Criador y Señor del universo; y ved aquí, añade San Máximo, el poder y la virtud del Dios Criador mostrarse sensiblemente presente en el Hijo de Maria, por medio de esta mutación instantánea del agua en una naturaleza diferente y opuesta; porque ¿quién otro podia cambiar así la naturaleza del agua, sino aquel que la habia criado de la nada?

Esto mismo lo ha querido dar á entender el Evangelista, terminando su bella narración con estas palabras: «Con tal prodigio, obrado en Caná de Galilea, comenzó el Salvador la serie de sus prodigios y manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él»; que quiere decir, como explica San Agustin: «Manifestó que él es el Señor y el Rey de la gloria»; *Quia ipse est Rex gloriae (Tract. 9, in Joan.)*; y como, siguiendo á los padres, explica Eutimio: «Manifestó el poder, la virtud y la grandeza de su divinidad»; *Gloriam suam; id est, potentiam, virtutem, magnitudinem divinitatis suae (Expos.)*; de modo que los discípulos lo creyeron verdadero Dios y verdadero Mesías.

Pero ¿qué digo yo los discípulos? La tradición, según San Ambrosio, nos testifica que todos los que se hallaban en el convite y gustaron del licor milagroso, arrebatados por la vista de tan gran prodigio, se convirtieron á Jesucristo, salieron de allí limpios de sus culpas; y así como convirtió el Señor en vino el agua, de la misma manera convirtió á todos los circunstantes de las supersticiones de la idolatría á la fe santa y preciosa de los verdaderos creyentes. Donde quiera que Jesucristo llamó, dice San Pedro Crisólogo, donde quiera que Jesucristo entró, donde quiera que fué recibido con amor, la abundancia, el consuelo y el gozo entraron con él; todo se cambió, se transformó y se santificó en torno suyo. Y ¿cómo podia no convertirse todo en gracia y en santidad cuando el agua fué convertida instantáneamente en vino? Ved aquí, en efecto, sigue diciendo San Ambrosio, que apenas el Señor manifiesta su poder, recibe el homenaje de adoración de sus siervos; una casa se convierte instantáneamente en templo, una reunión de hombres se convierte en teatro de las maravillas de Dios, y un convite de bodas se convierte en una fiesta religiosa.

Mas este hecho maravilloso fué ordenado por el Salvador, más bien que á la utilidad de los judíos allí presentes, á la instrucción de los cristianos futuros. El previó, dice San Agustin, que habian de levantarse algún dia los herejes de quienes habla San Pablo, que osarían blasfemar del matrimonio como de una institución del diablo, como de un gran pecado; por consiguiente, para confirmar Jesucristo

á los verdaderos cristianos en la fe de este Sacramento, del cual él es su primer y legítimo autor, quiso asistir, en persona, á las bodas.

Pero aun cuando el matrimonio en sí mismo haya sido instituido y santificado por Dios, no por eso son santos todos los matrimonios que se contraen por los hombres, sino solos aquellos á los que preside la Madre de Jesucristo, á los que son llamados los apóstoles de Jesucristo, y á los que, convidado, asiste el mismo Jesucristo: *Erat Mater Jesu ibi: Vocatus est autem Jesus, et discipuli ejus*. Es decir, que sólo es santo el matrimonio que se contrae entre los cristianos bajo la dependencia y según las leyes de la verdadera Iglesia, según la doctrina de los apóstoles y como sacramento instituido por Jesucristo, que sólo ha elevado á la dignidad de sacramento el matrimonio contraído entre los bautizados. Y aun entre los mismos cristianos son santos aquellos matrimonios que los esposos contraen con intenciones honestas, que celebran con el más severo pudor y reciben en estado de gracia, y de este modo invitan y llaman á ellos á Jesucristo, y Jesucristo asiste invisiblemente y toma parte en ellos; su presencia los aprueba, su gracia los santifica, su bendición los fecunda y los hace prósperos y felices. Dichosas, pues, exclama San Pedro Crisólogo, venturosas aquellas nupcias en que interviene Jesucristo, y que los esposos procuran consagrar, no con la ostentación de un lujo mundano, sino con la práctica de las virtudes cristianas.

Pero por muy noble y santo que sea el estado del matrimonio cristiano, el de la virginidad cristiana es mucho más precioso y más perfecto, como dice San Pablo: *Qui matrimonio jungit virginem suam, bene facit; et qui non jungit, melius facit*. Por lo mismo, Jesucristo en las bodas de Caná, en las que ensalzó tanto el matrimonio, ennobleció también y ensalzó mucho más la virginidad.

Entre las muchas razones por qué el Hijo de Dios quiso nacer de una madre desposada, Santo Tomás, con la mayor parte de los Padres, dice que fué para que en la persona de la Madre de Dios fuesen honradas las nupcias, y se impusiese silencio con este ejemplo á la audacia de los herejes, que habian de osar blasfemar de ellas. Pero notad que, aun cuando quiso el Señor, por esta razón, nacer de una mujer unida á un hombre con el vinculo de un santo y legítimo matrimonio, quiso también que en el mismo matrimonio esta mujer privilegiada permaneciese virgen; y si María al hacerse madre no hubiera de permanecer virgen, no hubiese tenido por hijo á Jesucristo. Por consiguiente, mientras que el Señor aprobó el matrimonio, naciendo de una mujer casada, prefirió la virginidad, no queriendo por madre sino á una mujer virgen.

Esta doble lección que nos dió con el primero de sus misterios, nos la repitió con el primero de sus milagros; porque en el mismo Evangelio que estamos explicando se dice que María se hallaba en las bodas antes que llegase á ellas Jesucristo con sus discípulos; es decir, que María precedió en estas bodas á Jesucristo, como su precursor, su bandera y enseña. Pues bien, María es el símbolo más noble y más perfecto de la virginidad, es como la virginidad misma personificada y viviente. Jesucristo, pues, que al ir á las bodas se hizo preceder por la virginidad en persona; que hizo adornar y hermosar el camino de estas bodas con las azucenas olorosas de la virginidad; que manifestó de este modo su amor á la virginidad antes de ir á bendecir y santificar las nupcias; declaró por el mismo hecho que á sus ojos y en su corazón ocupa la virginidad el primer amor y el primer honor, comparada con el matrimonio. Y notad también las palabras del Evangelista: «Allí estaba la Madre de Jesús», sin hacer mención alguna de San José, esposo de María, que, según San Epifanio, vivía todavía, y por consiguiente se hallaba allí; lo cual significa que María se hallaba allí, no sólo como parienta de los esposos, sino como la Madre de Jesús en cuanto hombre, como un magnífico monumento viviente, como una prueba visible de que Jesucristo había nacido en la tierra de una madre, sin padre; así como en los cielos había nacido de un padre, sin madre. Así como Jesucristo, dice San Gaudencio, que habiendo sido convidado á estas bodas, no rehusó asistir á ellas, bendijo por el mismo hecho, y declaró legítimo y santo el matrimonio, instituido por él desde el principio del mundo; de la misma manera, queriendo que estuviese presente su Madre virgen, como un testimonio viviente de que no quiso por madre sino á una virgen, anunció por este mismo hecho que la virginidad es preferible al matrimonio.

¡Oh santa virginidad, ornato de la tierra, admiración de los cielos, complacencia de los ángeles y delicia de Dios! ¿Quién podrá cantar tus alabanzas, cuando la naturaleza no te ha comprendido entre sus leyes? El matrimonio es fecundo para la carne, y la virginidad para el espíritu; el matrimonio propaga el pueblo cristiano, y la virginidad lo adorna; el matrimonio puebla la tierra, y la virginidad el cielo; el matrimonio multiplica los hijos de los hombres, y la virginidad los hijos de Dios. Es verdad que la virginidad nace del matrimonio, y que no habria virgenes si no hubiese esposas; pero en la Iglesia católica las virgenes consagradas á Dios son las que con el sacrificio de su carne, con el fervor de su corazón y con la súplica de sus labios atraen las bendiciones de Dios sobre los casados, expían

sus faltas, evitan sus castigos, conservan su paz y alcanzan su fecundidad; la virginidad es en los países católicos la salvaguardia y la fuente de las gracias del matrimonio. Esta virtud es propia y exclusiva del Cristianismo, es el sentimiento más delicado del alma, la ofrenda más generosa, el sacrificio más agradable y la práctica más perfecta. Ella ilumina el alma y la eleva, doma la carne y la santifica, purifica el corazón y lo diviniza. Ella es el alimento de la piedad, la escala de la oración, la maestría del pudor, la consejera de la modestia y la madre de la Caridad. Germen precioso, que nació en la tierra después que el Hijo de Dios bajó del cielo, es por lo mismo el reflejo de la pureza eterna, el esplendor de la integridad celestial, la imagen de la generación virginal del Dios Padre, el fruto más bello de la redención del Hijo, el aura más pura de la gracia del Espíritu Santo, el milagro más bello del Evangelio, la gloria de la Iglesia, la perfección, la flor, el ideal bello y sublime de la virtud cristiana, y el más grande milagro de la gracia, digna por lo mismo de haber sido anunciada, predicada y confirmada por Jesucristo en las bodas de Caná, con el primero de sus portentos en el orden de la naturaleza!

No nos maravillemos de que Simón y su consorte fueron a las bodas esposos, y salieron de ellas vírgenes; fueron para unirse con el vínculo matrimonial, y salieron de ellas puros y santos. Ellos bebieron el vino milagroso de Jesucristo, que, como hemos dicho, fué figura del vino, más milagroso aún, de la Eucaristía; vino delicioso é inefable, que libra al alma de los asaltos de la carne y la embriaga con las delicias del espíritu: *Et calix meus inebrians quam præclarus est* (ps. cxm); vino que hace germinar, en medio de la corrupción, los lirios del pudor virginal: *Et vinum germinans virgines* (Zac., 9.) De este modo, Jesucristo, con su milagro, no sólo exaltó la virginidad, sino que nos reveló al mismo tiempo cuál es la semilla que la produce, cuál es el jugo que la alimenta, cuál es el misterio que la fecunda, la fortifica y la sostiene; esto es, el trigo escogido y el vino precioso de la Eucaristía. Y notad que el vino milagroso de Caná fué sólo una figura de la Eucaristía, y sin embargo, persuadió á los dos esposos á la virginidad. Luego si tal fué la eficacia de la figura de este sacramento, ¿cuál será la virtud de su realidad? Si tal efecto produjo el vino milagroso de Jesucristo, ¿cuáles serán los que produzca en nosotros su sangre? San Juan Crisostomo lo ha dicho: «El efecto más natural de este misterio es el de calmar el ardor de la concupiscencia y reprimir la rebelión de la carne contra el espíritu. Por consiguiente, el remedio único, seguro é infalible para triunfar de las tentaciones carnales

es la frecuencia de la Eucaristía. Y ¿quiénes son, en efecto, los que tienen una vida pura y angélica en miembros humanos? Son aquellos que con las debidas disposiciones se acercan con frecuencia á la mesa eucarística. Y ¿quiénes son los libertinos, los relajados, los que escandalizan al mundo con la licencia y con el cinismo de sus impurezas? Son aquellos que, ó no se acercan jamás al altar, ó se acercan tan sólo una vez al año para profanarlo. No nos quejemos, pues, de la enfermedad de nuestra carne, contra la que nos ha dejado Jesucristo una medicina tan eficaz y tan poderosa. Usemos de esta medicina como se debe, y vencedores de las enfermedades de la carne, comenzaremos á gustar las delicias del espíritu; y permaneciendo todavía en la tierra, nos iremos iniciando en la posesión del cielo. Así sea.

## LAS BODAS DE CANÁ

*At ipsa respondens ait. Quæ est mater mea, et qui sunt fratres mei? Quicumque fuerit voluntatem Patris mei, hic meus frater, et soror, et mater est.*

Y él respondiendo al que le hablaba, le dijo: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Todo aquel que hiciera la voluntad de mi Padre, es mi hermano y hermana y madre.

(MATH. c. 12, v. 49 y 50.)

Estas son las palabras, hermanos míos, que dirigió Jesucristo á uno que le anunciaba que su Madre y hermanos estaban allí fuera y le buscaban para hablarle, en ocasión en que el Señor anunciaba su celestial doctrina á las turbas. ¿Es posible que Jesucristo, el más santo, el más obediente, el más respetuoso y el más tierno de todos los hijos, haya querido hoy renunciar solemnemente á Maria, la más santa, la más pura, la más digna y la más amorosa de todas las ma-

dres? De ninguna manera, dicen San Jerónimo y el Emiseno, con otros muchos padres. Esta respuesta del Señor contiene una significación mucho más importante de lo que indican las palabras, y se refiere a un misterio profundo. Jesucristo, al hablar hoy á las turbas, da lecciones á todo el mundo. En su Madre María y en sus primos, que desean hablar con él, permaneciendo fuera, sin entrar donde él se halla, no ve hoy más que la Sinagoga, su Madre, de la cual descendiende, según la carne, el pueblo judío, que es de su misma sangre. La Sinagoga y los judíos, *que desean hablar con él*, porque tienen un necio celo por la religión y esperan siempre al Mesías; pero que *permanecen fuera*, porque no quieren entrar en la Iglesia. Por esta razón el Señor rehusa verlos y los rechaza aun cuando son sus parientes, y se detiene en hablar con los extraños, que lo escuchan con docilidad; esto es, con el pueblo gentil.

De este su amor de predilección á nosotros los gentiles había trazado anticipadamente el Señor la admirable historia en el primero de sus milagros, obrado en las bodas de Caná; porque este prodigio del orden natural, en su sentido alegórico en que vamos á considerarlo, fué la figura, fué la promesa de todos los prodigios del orden espiritual, de todos los misterios que este Salvador amoroso había de cumplir en breve por nuestra salvación eterna; fué como el cuadro en que pintó él mismo la magnificencia, la riqueza y la gloria de su religión. Ved aquí, pues, lo que debemos considerar en el día de hoy, á fin de que, penetrados de gratitud hacia nuestro piadoso Redentor, y proponiéndonos cumplir fielmente la voluntad de su divino Padre, merezcamos hacernos, como el mismo Jesucristo nos lo ha prometido hoy, sus parientes espirituales y sus verdaderos amigos. *Ave María.*

Según San Pablo, hermanos míos, la grandeza, la dignidad y excelencia del sacramento del matrimonio consiste en que representa la unión virginal, misteriosa é inefable de Jesucristo con su Iglesia. De modo que, no porque el matrimonio es santo, lo ha celebrado Jesucristo con la Iglesia; al contrario, porque lo ha celebrado con la Iglesia, es santo. Este mismo misterio que Jesucristo nos ha revelado después por medio de su apóstol, nos lo había figurado ya en las bodas de Caná.

Para comprender mejor este halagüeño misterio, recordemos que David había dicho que el Hijo de Dios, cuya habitación eterna estaba en el esplendor del eterno sol de la luz infinita, saldría de ella con las disposiciones de un tierno esposo, que deja el lecho materno

para ir á unirse á su amada esposa. En Isaías habla el eterno Padre á su divino Hijo en estos términos: «Echa una mirada á tu alrededor; mira toda esta multitud inmensa de pueblos que de todas las partes del mundo vendrán á tus pies para ofrecerte sus homenajes y su amor. Todos estos pueblos no formarán más que un solo pueblo, una sola persona, á la que te unirás como á tu esposa, y de la que te vestirás como del ornato de tu gloria.» Es indudable por estos oráculos proféticos que el Hijo de Dios debía descender á nuestra humanidad, no como un señor severo para someterla á su servidumbre, no como un príncipe poderoso para reducirla á su imperio, sino como un amante generoso para elevarla á su consorcio; y que había de establecer entre él y nosotros relaciones de perfecta confianza y de amor sincero.

Mas este profundo misterio de su misericordia no debía cumplirse sino con su muerte, por la que, como enseñó San Pablo por medio de sus sacramentos habían de renacer los hombres á una nueva vida; y de todos ellos se había de formar la Iglesia que, lavada, embellecida y hermoscada con la sangre del nuevo Adán, había de ser su esposa. Así, pues, impaciente su amor, como dice Beda, de darnos en vida la figura y la prenda de este tierno misterio, que debía cumplirse después de su muerte, asistió á las bodas de Caná. Por consiguiente, Jesucristo, que intervino con su presencia y con sus milagros en estas bodas carnales, quiso manifestarnos desde entonces por ese mismo hecho, que había bajado del cielo como en busca de una esposa, para unirse á la Iglesia en un matrimonio espiritual. Este matrimonio del Hijo de Dios con la Iglesia se cumplió de una manera secreta, dice San Agustín con los padres y los teólogos, en el momento de la encarnación, en que el Verbo eterno, uniéndose á la naturaleza humana, se hizo su cabeza y su consorte; y como la unión del Verbo con la naturaleza humana es indisoluble y es eterna, por eso el vínculo del matrimonio cristiano, que Jesucristo elevó á representar tan gran misterio, es también indisoluble y perpetuo.

A estos desposorios secretos, que el Verbo eterno había contraído con las primicias de la Iglesia, al tomar la naturaleza humana, debían, como hemos dicho, suceder otros desposorios solemnes y visibles, celebrados con la sociedad de los hombres, que había de incorporar á sí con su gracia, y de la que había de hacer como una persona moral, desposándose con ella para siempre. Esta esposa, exterior y visible, en los designios de su misericordia, debía ser la sinagoga judaica, á la que, según lo había dado á entender por sus profetas, había elegido para desposarse con ella para siempre; y que,

como el mismo lo ha declarado en el Evangelio, fué invitada la primera á las nupcias que el eterno Padre habia preparado á su unigénito Hijo: *Homo quidem fecit nuptias filio suo (Matth., xxii.)* Mas los judíos, que correspondieron á esta invitación divina, unos con el desprecio y con la ingratitude, y otros con la crueldad en maltratar al Esposo, se hicieron indignos de estas nupcias: *Sed qui fuerant invitati, non fuerunt digni (Ibid.)*; fueron excluidos de ellas para siempre, y en su lugar fueron invitados y admitidos los gentiles.

Este misterio de la repulsa de los judíos y de la elección de los gentiles á los divinos desposorios se mostró en figura en las bodas de Caná. Esta ciudad era limitrofe de los gentiles. Luego al notar el Evangelista que Jesucristo dejó la Judea y pasó á Galilea para obrar allí tal milagro, quiso indicarnos, dice San Gaudencio, que el Señor habia de dejar muy pronto la plebe judaica, y habia de elegir la plebe de los gentiles para sus desposorios, y que desde entonces principió á cumplirse el vaticinio que habia hecho por medio de Oseas, con estas misericordiosas palabras: «La que hasta ahora no ha sido mi plebe, la llamaré mi plebe; aquella que parecia que no me era amada, será mi amada y mi predilecta.» Jesucristo, pues, que asiste en Galilea á las bodas de institución antigua, es, dice San Máximo, el Verbo encarnado, que manifiesta querer elegir una nueva esposa de una virginidad eterna en la conversión de los gentiles.

Recordemos que el Evangelista comenzó esta narración diciendo que las bodas de Caná se celebraron en el día tercero. Esta circunstancia encierra, dice Beda, un gran misterio. Estos tres días significan los tres tiempos en que Dios manifestó al mundo de diversos modos la luz de su verdad é hizo alianza con los hombres: el primero fué el tiempo de la revelación, hecha de viva voz á los primeros hombres y conservada por la tradición entre los patriarcas; el segundo fué el tiempo de la revelación escrita, dada por Dios, por medio de los profetas, durante la ley mosaica; el tercero fué el tiempo de la revelación cristiana, en que, con la verdad, se esparció la gracia por todo el mundo por medio del Evangelio, y comenzó á brillar con una nueva luz cuando el Señor apareció en el mundo, nacido en nuestra carne mortal.

Nos advierte también el Evangelista que Jesucristo no fué á las bodas sino llamado: *Vocatus est autem Jesus*. Y esta circunstancia, dice San Gaudencio, contiene un misterio de grande piedad. Jesucristo habia determinado, en su misericordia, venir al mundo como esposo, y era esposo antes de venir. Sin embargo; para que pudiese nacer nuestro mérito de su misma bondad, ha mostrado que no vino

sino llamado por las plegarias de los profetas, que continuamente lo llamaban diciendo: «Inclínad, Señor, vuestros cielos sobre nosotros y descendad á nosotros; excitad vuestro poder y venid». En Caná de Galilea, no sólo fué invitado Jesucristo, sino rogado, estimulado y obligado á ir con una violencia amorosa; y por respeto y amor de Jesucristo fueron invitados también y recibidos amorosamente todos sus discípulos: *Vocatus est autem Jesus, et discipuli ejus*. En esta buena ciudad se deseaba y se buscaba todo cuanto pertenecía á Jesucristo. Esta circunstancia, añade San Agustín, indica claramente la buena voluntad, la docilidad y el amor con que la Iglesia de los gentiles habia de recibir al divino esposo, Jesús, despreciado y arrojado por los judíos.

Y ¿quién hubiera creído que un milagro tan sencillo en apariencia comprendiese en sí tantos y tan consoladores misterios? ¡Oh grandeza, oh riqueza de las obras del Señor! ¡Oh profundidad del libro de sus Evangelios! Mas para descubrir en él estos misterios y recrearse en ellos se necesita tener el espíritu de los Padres, penetrados de la grandeza de este libro divino, y sobre todo, su humilde fe, su tierno amor y su piedad sincera; porque, como lo ha dicho el mismo Jesucristo, sus santos misterios no son conocidos por el orgullo de los sabios del siglo, sino por la sencillez de los santos; no por el que más estudia, sino por el que más ora; no por el que más examina, sino por el que más ama.

Lo que en Caná se obró una sola vez en figura, se repite en la Iglesia, dice el Emiseno, á cada instante; porque, en efecto, los obispos y los sacerdotes de esta Iglesia no hacen otra cosa que preparar á los verdaderos fieles este divino convite y elevarlos á las nupcias con Jesucristo; nupcias verdaderamente nobles, en las que no se trata de unir los cuerpos, sino de unir las almas á Dios; convite precioso, cuyos manjares no son carnales, sino espirituales.

Pero recordemos, dice Teofilacto, que las bodas de Caná se celebran en presencia de Jesucristo, de su Madre Santísima y de sus discípulos; y con esto se nos da á entender que para elevarnos á este estado de unión divina, en el que el alma y Jesucristo son una misma cosa, como el Hijo de Dios es una misma cosa con su Padre, se necesita ante todo creer con fe divina el misterio de su encarnación y de su nacimiento de una virgen, y escuchar con docilidad su doctrina, transmitida á nosotros por sus apóstoles y por su Iglesia.

Las bodas figurativas fueron celebradas en Caná de Galilea. Caná significa *celo ó amor*, y Galilea significa *transmigración hecha*. Así, pues, el lugar mismo en que se celebraron estas bodas carnales nos

indica claramente las condiciones indispensables con que podremos celebrar nuestras bodas espirituales; es decir, que para unirnos á Jesucristo con un vínculo santo y celestial, es necesario tener el celo ó el fervor del amor de Dios y del prójimo, y que se necesita hacer una transmigración total y perfecta del corazón, de los vicios á las virtudes, de las cosas terrenas á las celestiales, de las visibles á las invisibles, de las temporales á las eternas, del diablo á Jesucristo.

¡Dichosos nosotros si, dóciles á la invitación de la gracia, que se hace sentir continuamente en nuestro corazón, con su asistencia y con su auxilio, que no falta jamás, hacemos esta mística transmigración de nuestros pensamientos, de nuestros cuidados, y de nuestros afectos, por medio de una generosa renuncia de los honores mundanos, de los intereses temporales y de los deberes carnales! El Cordero divino se unirá indudablemente á nosotros y nos hará dignos de sus celestiales nupcias. ¡Oh nupcias divinas y espirituales! El hombre sensual y profano no las comprende, porque no las conoce; no las gusta, porque no las comprende; y porque no las gusta, las desprecia, se rie de ellas, las llama piadosos delirios de imaginaciones exaltadas y sueños vanos de un ascetismo sin realidad y sin fundamento. Es cierto que son un misterio de la gracia y del amor divino, pero un misterio que se repite á cada instante en millones de almas verdaderamente cristianas. Dadme un alma que, purificada por medio de la penitencia, de la oración y del amor, deje libre á Dios la morada de su corazón, que él escoge al criarlo, y veréis cómo su palabra no falta y su promesa se cumple. Así como el alma se entrega toda á su divino Amado, así este Amado divino se comunica todo al alma, la une á sí con una unión espiritual, pero íntima y verdadera, y la hace su amiga y su esposa: *Dilectus meus mihi, et ego illi.* (Cant.) La hace participante de sus luces, de sus gracias y de sus consuelos; la hace oír su voz armoniosa, y le inspira los más fervorosos y tiernos afectos. Así como el hombre, con las alas de la humildad y de la confianza se eleva hasta Dios, así este Dios descendiendo hasta el hombre en el exceso de su amor y de su bondad; así como el hombre pone su esperanza, su reposo, su amor y sus delicias en Dios, así el Hombre-Dios viene á habitar, á familiarizarse y recrearse en el hombre y con el hombre. *Et delitium meum esse cum filiis hominum.* (Prov. viii.) De aquí resulta que la mente se eleva y el corazón se dilata; la fe, adelgazando su velo, imita la visión; la esperanza adquiere la seguridad de la posesión, y la caridad experimenta las muestras y las primicias de la felicidad celestial. La paz de Dios, la calma deliciosa del corazón, que excede todo placer mundano, y que sólo en la unión con

Dios y en el silencio de las pasiones se encuentra, descendiendo á inundar el alma de aquel inefable consuelo, de aquellas espirituales delicias, que es más fácil sentir que expresar; la tierra desaparece, y no se habita con los afectos ni se conversa más que en el cielo. ¡Ay! hagamos nosotros la prueba, y veremos y confesaremos, como confiesan las almas verdaderamente fieles, que nada iguala á la felicidad de estar unidos con Dios y vivir en Dios y con Dios: *Gustate, et videte quam suavis est Dominus;* y de este modo, nuestras bodas espirituales con el Hijo de Dios, comenzadas en el tiempo, se continuarán, se perfeccionarán y nos harán felices en la eternidad. Así sea.

## SOBRE EL PRIMER MILAGRO DE JESÚS

### HECHO Á INSTANCIAS DE MARÍA

*Facto sunt nuptie in Cana Galilee, et erat mater Jesu ibi...*

Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la Madre de Jesús.

(S. JUAN, c. 2, v. 1.)

Ya había llegado la época en que los hechos vinieran en apoyo de las palabras de Jesús para confirmar su divinidad; y unas bodas le ofrecieron la ocasión primera. En Canaán, en Galilea, se celebraban unas bodas; María, la augusta Madre de Jesús, se hallaba en ellas, bien fuese á título de parienta, ó con el de simple conocida ó amiga; y parece que con este motivo fué convidado Jesús con otros parientes de su Madre y con sus discípulos. En medio del banquete, pues, cuando brillaba una honesta alegría en la frente de los convidados, llegó á faltar de repente el vino. Figúraos la turbación que causó al dueño de la casa tan desagradable noticia. Yo no podría persuadirme de que este contratiempo proviniera de la pobreza de